

quía de un extranjero. Pero ante nuestras incurables discordias, ante el tremendo peligro norte-americano, el error se comprende... El opúsculo de Gutiérrez Estrada sublevó la indignación del país y el portavoz de esta indignación fué un general, hijo del ilustre Morelos y ministro entonces de Bustamante, que luego, en compañía de Gutiérrez Estrada, proscrito desde entonces de su país, había de traer coronada de flores al altar del sacrificio á la víctima en que lograron personificar, Almonte sus ambiciones y rencores y el otro sus ensueños imposibles.

La impotencia del gobierno para organizar algo, para reducir á la obediencia á Yucatán, para presentar un ejército capaz de dictar en el territorio de Texas un pacto definitivo de respeto mutuo á los Estados Unidos, para hacerse obedecer de sus principales agentes, verdaderos sultancillos de los departamentos, se vió de bulto al mediar el año de 1841. En cambio, firme en sus propósitos de protección á la industria y necesitado, como siempre, de recursos para asegurarse un poco más de vida, recargó las tarifas de importación considerablemente; entonces de Veracruz á Guadalajara, pasando por México, fué un ir y venir de correspondencias y de agentes de las casas importadoras (contrabandistas, con honrosas, tan honrosas como escasas excepciones) para remediar el mal; los prudentes hablaron de manifestaciones al gobierno; los resueltos de la gran panacea nacional, el pronunciamiento, la *revolución*, como se llamaba siempre á la revuelta, á lo que el populacho llamaba con un nombre muy gráfico: *la Bola*. Los indicados para acaudillar el movimiento, eran Paredes en Guadalajara, Valencia en México, y el indispensable Santa Anna en Veracruz, en donde Bustamante, que, con todos sus defectos, era un gigante de pundonor, desinterés y patriotismo al lado de sus competidores, le había dejado rehacer su antigua satrapía. *La bola* fué la solución; el gobierno de Jalisco arrojó el guante y modificó el decreto del Congreso general; Paredes apoyó con la guarnición de Guadalajara el atentado y lo amplificó; poco tiempo después ardía la República. Valencia y buena parte de las tropas en México secundaron el plan de Guadalajara, Veracruz se rebeló, y Santa Anna, ofreciéndose como mediador, tendió los brazos á Bustamante para ahogarlo; el presidente rechazó con altivez la oferta, pero con profundo desaliento: quería renunciar; el Senado lo enderezó y lo sostuvo. Cuando todas las fuerzas de la revuelta se habían aglomerado en Tacubaya, el ministro de la Guerra, Almonte, fraguó un plan que le pareció admirable: un pronunciamiento del poder ejecutivo, un pronunciamiento por la federación. Bustamante aceptó á la fuerza la idea, se alborotó la multitud en México, los jefes clásicos de las milicias cívicas improvisaron batallones de obreros, y Santa Anna se puso frenético; hubo combates en las calles, uno bastante serio á las puertas de la capital, y, por fin, en los momentos de la batalla suprema, Bustamante soltó la espada y el bastón, entregó su ejército á Santa Anna y tomó por segunda vez el camino del destierro. No debía volver sino para presenciar el espantoso desastre del 47 y para ayudar honradamente á repararlo. Fué una desgracia para México que Bustamante no hubiera sido el presidente durante la invasión americana; no era por cierto un gran general, pero la defensa hubiera sido, bajo sus auspicios, mucho más seria, mucho mejor organizada y más caro el triunfo y menos humillante la paz. Considerémoslo muerto políticamente desde este instante y dejemos como inscripción en su tumba la consideración que acabamos de apuntar.

Las *Bases* del programa del ejército en Tacubaya son un curiosísimo monumento de

la diplomacia hipócrita del pretorianismo puesto á las órdenes de los explotadores de las cajas públicas, mercaderes, agiotistas y generales, acaudillados por un ambicioso que creía que la Patria era, no su madre, sino su concubina. La *revolución* era centralista contra el centralismo, con el pretexto de que el gobierno era malo y de que la constitución debía ser reformada; al general en jefe tocaba nombrar una junta, compuesta de dos diputados por cada departamento, porque no se conocía otro modo, decía textualmente el plan, de *súplir* la voluntad de esos departamentos; esta junta nombraba al jefe del ejecutivo provisional, que en cierto plazo debería convocar un congreso constituyente y que sería responsable ante un congreso constitucional. Entretanto, quedaba el presidente provisional revestido de *todas las facultades necesarias* para reorganizar la administración, *de todo el poder necesario para hacer el bien y evitar el mal*. Esta fué la famosa séptima base; era la dictadura.

Hubo una tentativa de insurrección contra todo esto; Bravo en el Sur, los federales en Guadalajara y en Durango, se alzaron en armas; Santa Anna estuvo muy hábil, era muy astuto. Nombró un ministerio de federalistas y reformistas, que, con la vaga esperanza de encarrilar aquel gobierno hacia su anhelo de concluir con el poder del clero, aceptaron: Gómez Pedraza, García, el constante é integérrimo ex-gobernador zacatecano, formaron en él, y parte con halagos y parte movilizándolo un ejército formidable en aquellos tiempos, logró Santa Anna pacificarlo todo. Así sucedía siempre con las situaciones nuevas, sino que la penuria, la miseria las hacía pronto viejas. ¡Oh! ¡y las miserias de los tiempos en que gobernaba Santa Anna eran famosas, como que todo lo gastaba en el ejército, en los favoritos, en el fausto regío de que se rodeaba! El fin de la circulación de la moneda de cobre (la tercera parte por lo menos de la que circulaba era falsa) fué un bien; el modo desenvuelto y firme con que exigió del clero gruesas sumas y la cesión de edificios, llamó la atención; el clero refunfuñaba, pagaba poco á poco y lo perdonaba todo al dictador. ¡Quién no lo perdonaba! Además, las armas mexicanas se cubrían de gloria en el Norte, aplastando en Nuevo México las invasiones filibusteras de los texanos; esto indicaba que el dictador estaba de buenas con su estrella, y se atrevió á todo: á rematar bienes que el clero reclamaba como suyos, á permitir á los extranjeros la adquisición de bienes raíces, medida justa, que una candorosa estrechez de miras había visto como un terrible peligro y que era lo contrario. Al mismo tiempo se comenzaban á construir, para la ópera y la comedia, hermosos teatros; se embellecía la capital en lo que lo permitían los muros, de fortaleza y prisión á un tiempo, de los conventos, que cortaban y mataban las avenidas principales é impedían en todas direcciones el crecimiento de la población, á la que, en llegando las penumbras vespertinas, daban un siniestro aspecto medioeval.

Las dictaduras de hombres progresistas, que sean al mismo tiempo administradores inteligentes y honrados de los fondos públicos, suelen ser eminentemente benéficas en los países que se forman, porque aseguran la paz y garantizan el trabajo, permitiendo almacenar fuerzas á los pueblos. Pueden ser detestables en teoría, pero las teorías pertenecen á la historia del pensamiento político, no á la historia política, que sólo puede generalizar científicamente sobre hechos. Mas cuando la dictadura pesa sobre la justicia, crea el desorden y hace de la paz un estado precario, entonces es una calamidad; esto fué en muy poco tiempo la dictadura santanista. Los agiotistas seguían acumulando fortunas, los favoritos recibían regalos espléndidos; hubo alguno á quien le tocara en el reparto una buena

parte de la fortuna antaño secuestrada á los jesuitas; el clero gemía, y conmovía con su aflicción á las masas; el clero había adoptado, ante las exigencias incesantes del gobierno, la política de ceder en principio, de escatimar en los detalles, y de gemir y sollozar ponderando su ruina; trataba hábilmente, con esto, de evitar el gran golpe de la *desamortización* que se cernía sobre su cabeza. Las contribuciones y los préstamos crecían y crecían; en el presupuesto vió, el país que podía ver, porque el otro, la mayoría, sólo podía sentir el látigo y la leva, algo que lo dejó estupefacto: una partida de ingresos de veintinueve millones, de los que sólo eran normales trece; diez y seis venían de recursos extraordinarios y



D. Juan N. Almonte

precarios; y su sorpresa subió al espanto cuando observó que los gastos habían superado á los ingresos y quedaba un *déficit*. Es verdad que el Sur andaba revuelto, que había sido necesario mandar un ejército sobre Yucatán, substraído á la nación mexicana, y preparar otro para reconquistar Texas; es verdad que, en esos momentos, enviados ingleses y americanos exigían en términos perentorios la entrega de gruesas sumas, pero todo ello provenía de la misma pésima dirección política... Aquella no era una dictadura honrada y debía morir.

Verificáronse las elecciones para el nuevo constituyente; el pueblo urbano, que asediaba hambriento las tiendas de comestibles y amenazaba á cada

instante con saquear los depósitos de granos, sin poder saber si la moneda de cobre, admirablemente falsificada, que tenía en sus manos, valía ó no algo, no tomó parte como suele en la lucha; la inmensa masa rural permaneció muda en su mal disimulada servidumbre; pero en los grupos electorales de segundo grado, hechos *a fortiori* en los municipios, predominó el sentimiento reformista y federalista, que era el señuelo con que se estimulaba el espíritu local, siempre vivo; ni los conservadores, poco amigos de exponer sus comodidades y la tranquilidad de sus familias á las agitaciones políticas, entraron en la contienda electoral, ni de una manera activa los agentes del gobierno indolentísimo de Santa Anna, del dictador, que entre uno y otro acceso febril de actividad, volvía á su vida de placer, á su amor por las peleas de gallos, por el lujo insultador de la miseria pública de que se rodeaba, á la pasión por exhibir los uniformes de sus flamantes regimientos. El resultado

fué favorable á los partidos avanzados, que siempre que ha habido un bosquejo de elecciones en nuestro país han sabido triunfar. El presidente se percató del caso cuando ya no tenía remedio legal; pero, llenas como estaban las cartucheras de sus pretorianos de remedios extralegales, se contentó con recomendar que la constitución no fuese federalista y volvió á sus gallos, á sus paradas, á sus préstamos forzados y á sus contribuciones; bajo sus complacientes miradas, sus propiedades en el Estado de Veracruz crecían como por ensalmo, y la adulación, absceso canceroso de toda tiranía, llegó al grado de erigir estatuas ridículas en honor del presidente y de dedicar suntuosísima fiesta cómico-fúnebre á la inhumación de la pierna momificada del héroe supuesto de Veracruz.

En nuestra historia parlamentaria ocupa un puesto culminante de honor cívico el Constituyente del año de 1842. Inmediatamente trataron los representantes de poner un *hasta aquí* á la dictadura y á su desenfrenado despotismo financiero; exigieron cuentas y responsabilidades, y entraron en lucha acerba con las resistencias del Ejecutivo; dos proyectos de constitución estaban en pugna: el de los moderados, que proponía un centralismo eminentemente liberal, combinado con la autonomía administrativa de los departamentos, y éste era el más racional y el más patriótico en vísperas de una gran guerra interna-



D. Mariano Paredes y Arrillaga

cional, y el de los exaltados, que era la vuelta al federalismo puro; ambos espantaron al gobierno. En las discusiones, los reformistas trajeron á discusión sus ideas favoritas de supresión de privilegios, de nacionalización de la propiedad territorial de la Iglesia, de tolerancia de cultos, de libertad para los esclavos por sólo el hecho de pisar el territorio nacional, actitud de supremo valor humanitario ante los amagos brutales del esclavismo norteamericano, que, en cierto modo, inició en México la solución del gran problema de la esclavitud en los Estados Unidos. Los violentos discursos contra las clases privilegiadas y la adopción del proyecto de constitución federalista por el Congreso, dieron motivo al presidente para disponer una conspiración, según su viejo hábito, presentándose como defensor de los intereses sociales «contra los crueles é intolerantes demagogos del 28 y 33,» como decía el ministro de la Guerra, Tornel, que había sido uno de ellos, acaso el único